

Las Prácticas del Lenguaje en el contexto de las clases virtuales [1]

Diego García*

La pandemia del COVID-19 nos ha obligado a emprender un proceso de educación virtual en toda la Argentina. Claramente no estábamos preparados ni –cuestión fundamental- lo deseábamos. No se trata de un mecanismo elegido, sino de una respuesta improvisada a la coyuntura sanitaria que nos impide *encontrarnos* en la escuela. Ahí está una de las claves de lo que debemos comenzar a pensar desde nuevas aristas: cómo encontrarnos en la *construcción* de los saberes y cómo *encontrarnos* en las prácticas del lenguaje (en sentido transversal a todas las áreas) cuando no compartimos el espacio.

En estos meses ha quedado claro que el desafío no pasa únicamente por el manejo de los dispositivos ni de las plataformas digitales, sino por la creatividad para establecer vínculos desde un lugar diferente al habitual. Es decir, *habitamos* un momento de clase desde la intimidad de la vida en el hogar y así desde el inicio la relación docente – estudiantes – familias se ve distorsionada; *habitamos* un no-hábito cuando no hay rutina, cuando el contexto no es favorable a un vínculo externo, cuando el miedo y las preocupaciones lógicas actúan sobre nuestros ánimos. De allí que las intervenciones docentes deben reforzar todos los aspectos relacionados al *feedback*, los criterios emocionales y el cuidado de una retroalimentación significativa en la contención. Si las dificultades del docente son arduas, más aún lo son las del alumno/a.

* Diego García (Berazategui, Buenos Aires, 1983) es Profesor en Letras, por la UNLP. Se desempeña como docente de Prácticas del Lenguaje y Literatura. Es vicedirector en una escuela secundaria del conurbano bonaerense. Escribe crítica literaria y poesía.

diegogarcia.letras@gmail.com

El lenguaje es el puente principal que nos queda. Ya sea a través de redes sociales, de Classroom, de Zoom o de cualquier otra plataforma de conexión cobra relevancia el uso del lenguaje. Sus matices, tal vez antes menores, se vuelven ahora relevantes, notorios, cruciales. Ejes como la lectura, la escritura, la autocorrección, el intercambio de ideas y la socialización de la literatura pierden su marco áulico desde y para el cual fueron pensados y planificados. Las secuencias didácticas deben ahora considerar un gran número de factores imprevisibles: posibilidad de los/las estudiantes de trabajar en un ambiente calmo y relajado, posibilidad de contar con el apoyo emocional y/o pedagógico de las familias, posibilidad de acceder a los recursos necesarios, posibilidad de un estado anímico distendido. Nuevos interrogantes emergen de estas variables: ¿Qué intervenciones desde las prácticas del lenguaje pueden habilitar una mejora en la calidad de vida de los y las jóvenes para afrontar la situación del encierro y el miedo? ¿Qué intervenciones pueden pensarse para planificar una metodología más productiva en las prácticas a distancia? ¿Qué enseñanzas, qué perfeccionamiento de los recursos tradicionales, nos dejará esta experiencia?

1- Charlas en el recreo

El aspecto social, la lengua en uso, se ve alterado por la reducción de los vínculos cara a cara y por la multiplicación de los vínculos virtuales. En esa adaptación, las prácticas del lenguaje pueden ablandar el terreno para el beneficio de todos. Por ejemplo, fomentando narraciones de la experiencia propia a fin de que la puesta en palabras y la acción de compartirlas ayude a ordenar sentidos. Otro ejemplo, es la escucha y la producción de la lectura: mediante videos, podcasts o audios, la lectura en voz alta, tanto por parte del docente como del estudiante pone en juego un elemento humanizador esencial, la voz. El decir y el escuchar devienen procedimientos de mayor relevancia en este contexto. No es lo mismo un cuento adjunto vía correo electrónico que un video del/la docente leyendo, con su impronta, su tono, para el reconocimiento de un vínculo. Asimismo, el clásico circuito de la comunicación debe repensarse: en muchos casos son los adultos quienes reciben el contacto del docente y luego estos lo bajan a sus hijos/as; en otros, el hecho de no contar con dispositivos cómodos, con pantallas amplias por ejemplo, inserta una nueva forma de *ruido* en la interacción, del mismo modo que la dificultad para acceder a un servicio de Internet hará más lento el camino del mensaje (que en última instancia lo hará en forma de cuadernillos o fotocopias). Indagar en los problemas de la comunicación también puede ser una temática interesante para abordar en este contexto. No

solo la comunicación a distancia sino la comunicación en el encierro, en el seno de las familias, donde resulta necesaria una redefinición de la inversión comunicacional (el tiempo dedicado, el esfuerzo extra). También esta redefinición alcanzará a la tarea docente y es otro de los desafíos poder establecer criterios adecuados para una práctica saludable y al mismo tiempo formativa.

Un recurso también interesante es la creación de foros. Estos permiten el trabajo en tiempos diferidos, cada uno/a adecuándose a su realidad, y posibilitan la interacción entre pares. La pérdida de este aspecto tal vez sea el mayor daño causado al desarrollo de lo que llamamos comúnmente *la escolaridad*. Porque “hacer la tarea” no es lo mismo que la escolaridad. Es esa imbricación de tiempos, espacios y sujetos lo que hace a la escuela y lo que nos hace, en definitiva, estudiantes. No es la adquisición de un saber sino que ese logro se dé en el contexto integral de la escolaridad: los juegos en el patio, las charlas con amigos/as, las actividades de Educación Física, el sánduche compartido, la gaseosa volcada *sin querer*, el perfume de la maestra, todo eso constituye el núcleo de la *escolaridad*. Y, si bien no hay manera de recuperarlo en forma virtual, tenerlo en cuenta hará que nuestras prácticas sean pensadas con estrategias mucho más amables en torno a esta pérdida y su tránsito.

2- Atarnos bien los cordones del diálogo

Otra de las dificultades afrontadas es la falta de certezas acerca de cuándo se retomarán las clases en su formato habitual de presencialidad. Por ello, planificar a largo plazo se vuelve insostenible salvo de manera esquemática, a modo de horizonte. Así, una metodología que puede dar buenos resultados en las Prácticas del Lenguaje (ahora sí refiero a la materia, aunque puede trasladarse a otras) es la circularidad de los contenidos. No se trata solo de repasarlos al regreso, de identificar los NAP (Núcleos de Aprendizaje Prioritarios) sino de encarar cada propuesta, cada secuencia, de manera tal que se reciclen los saberes, se amplifiquen, se complementen y configuren herramientas para las siguientes situaciones problemáticas. Nada nuevo, ¿no? Pero quiero detenerme en la especial atención que merece esta metodología en la particular situación de comunicarnos a distancia. Uno de los riesgos mayores es que *las cosas* se pierdan, no lleguen o se vuelva improbable su llegada. En otras palabras, que la evaluación no pueda darse en términos reales. Y ¿cómo podrían fluir nuestras prácticas sin una evaluación de las mismas? Por eso, focalizar los nudos entre un contenido y otro, entre un problema y otro,

entre un texto y otro, nos permitirá re-componer cuando sea necesario, re-definir, re-direccionar, y entonces, en su más amplio y hermoso sentido: releer.

3- ¿Lo podemos leer de vuelta?

La pandemia y sus implicancias nos invitan a releer el mundo y a releernos. A releer la escuela y sus discursos. No solo para transitar esta situación de distanciamiento social sino para profundizar mejores rumbos a futuro. Hay una línea de pensamiento pedagógico, muy expandida ya, que argumenta a favor de imponer la educación virtual o recursos que la mixturan con la práctica presencial. Sacar conclusiones más claras después de que atravesemos este tiempo resultará clave para discutir *lo leído*. ¿Qué es la escolaridad a través de una pantalla? ¿Quiénes son los y las que están del otro lado? ¿Cómo hablan, cómo huelen, cómo se mueven? Y en tal caso ¿es esto relevante para desarrollar prácticas del lenguaje? ¿De qué *lenguaje* hablamos?

Mejor pensemos en *los* lenguajes. El de los tecno-fascinadores de un mundo que no es y el de los/las pibes/as que comparten un celular sin crédito entre varios hermanos. El de los/las profesores/as que invitan al diálogo, que avivan el fuego del *cómo estás*, que arman y traman una rueda donde avanzar juntos. Los discursos de un saber sobre las tecnologías y en las tecnologías, sus huecos, sus faltas, la gramática fría del tutorial... en esos mares navegamos. Ahí se ponen en juego los lenguajes de lo común, los lenguajes que habitamos, tanto los que queremos habitar como los que nos toca por fuerza mayor.

Las prácticas del lenguaje (en toda situación escolar) son prácticas de fortalecimiento humano. Nada menor. A medida que experimentamos herramientas virtuales, vamos aprendiendo a focalizar en el contacto. La buena literatura nos zambulle sin escalas en estas cuestiones. Salir para aprender del mundo y el mundo que retorna en lo dicho por los otros. Alguien está del otro lado para sostener el tablón entre las ventanas (¿se acuerdan de esa escena de *Rayuela*?), alguien para balancear el peso de lo que falta, alguien para guiarnos al *lado de acá* y al *lado de allá* de la vida.

Notas

[1] Este texto fue escrito hacia el mes de noviembre de 2020, todavía sin perspectivas de un regreso cuidado a las escuelas en el conurbano de la provincia de Buenos Aires. Más allá de los modelos actuales que articulan posibilidades de presencialidad y semi-presencialidad, las intervenciones de las prácticas del lenguaje en los vínculos de enseñanza y aprendizaje han encontrado un punto de inflexión que aquí se plantea con vistas a lo que vendrá.